fermedad, del sufrimiento, de la agonía, de la muerte, le parece, en aquellos vagidos y ayes de los recién nacidos, vivir, oir, gritar la vida ...

De repente la llaman á una cama por un enérgico alarido, seguido de llantos parecidos á los de los niños pequeños. Una luz simula un incendio en las cortinas de aquella cama. Un joven está al lado, con la gorrilla de los internos y con un delantal blanco atado al primer botón de su paletó. Examina con mirada investigadora á la enferma, que llora y gime. La Hermana llega.

—No, usted no ... le dice brutalmente, cogiéndole de las manos la venda que traía, y que pasa á la enfermera de sala, de pie al otro lado de la cama. Y el joven pone sus manos vivamente sobre el cuerpo de la enferma, cuyo vendaje rehace.

La Hermana no contesta nada al interno; se aleja, y desaparece por el fondo de la sala de Santa Teresa.

II

Aquella Hermana se llamaba, en religión, sor Filomena. Su nombre, según partida de bautismo, era María Gaucher.

María Gaucher era la hija de una chalequera, casada con un cerrajero que ganaba unos dos francos diarios trabajando para los almacenes de ferretería. María vino al mundo en un mes de miseria, en Enero, con un alegre sol de invierno, entre dos juramentos de la comadre de la Sociedad de Beneficencia, que tenía «una pensionista en la casa».

Entró en la vida muy pequeñita, pesando apenas los que los niños recién nacidos, sin fuerzas para vivir. Su madre la alimentó con la leche pobre de las mujeres que viven sentadas y que velan. La pequeña vivió, á pesar

de todo. Tenía cuatro años cuando murió su madre.

Su padre hacía un año se había marchado con un camarada de taller que se iba al Africa, y se ignoraba lo que había sido de él.

La pequeña fué recogida por una tía. Esta tía, la hermana mayor de su madre, estaba sirviendo en la calle de la Chaussée-d' Antin, en casa de una señora viuda, la señora de Viry Hacía veinte años que la servía. Había cerrado los ojos al señor Viry; había visto nacer al niño de la casa, al pequeño Enrique: era de esos criados antiguos que echan raíces en el hogar de la familia. Por esto, cuando una noche al desnudar á su ama, empezó á hablarlé de su sobrina, la señora de Viry se anticipó á su petición; el día del entierro de su madre llevaron á la pequeña, y fué instalada en la calle de la Chaussée-d' Antin, en cuya habitación, nueva para ella, entró sín asombrarse. No manifestó ni cortedad ni curiosidad delante de los muebles, las alfombras, el escritorio de caoba, el péndulo de asunto griego, los retratos de marco dorados. Al poco tiempo se verificó en ella, en aquel interior desembarazado, como una expansión. Sus gracias infantiles, en un principio salvajes y vergonzosas, se suavizaron; su charla, su risa se desenvolvieron; sus gestos se formaron y

vigorizaron, y en la niña débil y mal nacida empezó á sentirse la altiva ligereza de un pájaro. La señor de Viry, que había aceptado la viudez como un deber austero, y que se había retirado del mundo para dedicarse mejor á su hijo y serlo todo para él, se divertía con aquella niña que con sus juegos, su ruido, la llama de sus ojitos azules, llenaba y templaba aquella existencia solitaria, y á veces un poco triste. Y, además, la señora de Viry había perdido una hijita de aquella edad, y las madres son ingeniosas para acariciar la sombra de un niño.

La pequeñuela se dejaba sobreexcitar con los mimos y la indulgencia. Tolerada en el salón como un lindo animalito, encontró muy natural tener en él su sitio, y tomó sus hábitos. Admitida á los juegos de Enriquito, llegó á ser para con él una dulce compañera, con ese espíritu de igualdad absoluta que existe en los niños. Su tía se enorgullecía con todas aquellas privanzas que le dejaban tomar, y en las que la chica entraba tan resueltamente; sentía un secreto orgullo en verla, fuera de la cocina, haciendo la señorita en las habitaciones de los amos, Cada una de aquellas pequeñas usurpaciones, de aquellas audacias, el espíritu que se despertaba en ella, su pequeña vanidad, que se inflaba con la aproximación y la

acogida de una sociedad superior, sus coqueterías nacientes, ya demostradas con los regalos que la señora de Viry le hacía de sus cintas deslucidas y trajes usados, todo aquello encantaba á la buena mujer, que, con la exageración de afectos de las mujeres del pueblo, se ponía á adorar casi respetuosamente á la pequeña, como niño de otra sangre distinta de la suya, y nacida acaso para otra posición que la suya. María tenía esa edad en que no se ve nada de las barreras sociales á través de las cuales la dejaban jugar; grandes ilusiones la asediaron; tomó ciertos aires con las amigas de su tía, con los criados de la casa; demostraba cierta altivez cuando las hijas del carbonero querían jugar con ella en la acera. Al día siguiente de uno en que la señora de Viry le hizo comer con Enrique, que había obtenido el premio en su colegio, rehusó comer con su tía en la cocina. Como no le dejaron entrar en una fiesta de niños que la señora de Viry daba todos los años el martes de Carnaval, permaneció todo un día en la antesala, fija en una idea, enfurruñada, con lágrimas en los ojos, que ocultó y tuvo la fuerza de vencer. Había heridas para ella en mil cosillas que no comprendía, pero que presentía; el menor descuido que se tenía con ella, palabras que se escapaban sin intención á la señora de

Viry, esas monadas con que la sociedad indica, sin pensar, la desigualdad de las clases, todo lo que percibía instintivamente de su posición subalterna en la casa, le dejaba ya la amargura de una humillación. Al cabo de dos años, la señora de Viry vió el mal, las acritudes, los sufrimientos de la niña. Por su bien, por su porvenir, era preciso alejarla, cambiarla de atmósfera y de medio. La tía se rindió, con gran dolor de su corazón, á las razones de la señora de Viry, sin comprenderlas demasiado, y se resolvió entre la criada y el ama, que la pequeña entrase el lunes siguiente en una casa de educación de pobres huérfanas, confiada á las Hermanas de San***, en lo alto del arrabal de Saint-Denis.

El día de la marcha hubo una escena terrible. La chiquilla, ahogándose en sollozos, se agarraba á los muebles, al vestido de la señora de Viry. Resistió y luchó con todas sus fuerzas hasta en los brazos de su tía, que tuvo necesidad de llevársela. Al pasar la puerta de convento, cedió á toda la violencia de su desesperación: su dolor fué un dolor intenso, pero mudo y de hielo. Cuando las Hermanas le quitaron su gorra de bordados ingleses y su vestido de seda, hecho del vestido de boda de su madre, que su tía había mandado teñir; cuando le pusieron en la cabeza la gorrita de

lienzo y en el cuerpo el vestido de merino liso, tembló un poco, pero sus ojos, enrojecidos, permanecieron secos. Las lágrimas acudieron una vez acostada. Hasta media noche estuvo sin dormir. Durante toda ella, con sus ojos cerrados y sin sueño, sobre aquel velo negro que extendía ante su vista resplandores fugaces y movibles, parecidos á las chispas de fuego que corren por las cenizas de papel quemado, se dibujó al cabo de algunos minutos, todo vivo y casi al alcance de su mano, el rincón del salón donde ponía castigada á su muñeca. Como del fondo de una tela oscura, los recuerdos se aproximaban á ella sin que ella los llamase, y venían á estrellarse en su mirada. Unas veces era el cesto de vino de Champagne, donde su tía la acostaba por la noche, en la cocina, antes de subirla con ella á su cuarto del piso quinto; y la sábana de la camita del dormitorio en que estaba, le parecía tener los pliegues de las servilletas sobre las cuales dormía en aquel cesto; otras veces era aquellas mañanas de juego en que, al volver con su tía de la compra para hacer el almuerzo, saltaba como un perro grande sobre la cama del señorito Enrique y le pasaba sus manitas, heladas, por dentro del cuello de la camisa, hasta que él, dormido, abriendo un ojo, medio incomodado, medio riendo, la tiraba en la alfombra de un puñetazo.

Al día siguiente, y como hubiera ya en el convento una niña que llevaba el nombre de María y hubiera sido causa de confusión, le dijeron que, en vez de llamarse María, en lo sucesivo se llamaría Filomena. Esto fué como un último despojo para la niña, y sintió mayor desgarramiento que cuando le quitaron de los hombros el traje con que había venido de casa de su tía. Le parecía que le quitaban cuanto restaba de allí, de la casa de la señora de Viry, de sus días felices.. ... Y aborreció aquel nombre de Filomena, que era para ella el bautismo del convento, de aquella vida que le daba miedo: por mucho tiempo se hizo la sorda á su nuevo nombre.

Los primeros días, las Hermanas la cuidaron y procuraron divertirla; pero á las caricias y á las atenciones opuso una resistencia inerte, una ceñuda paciencia, una sorda desesperación. En aquella casa tranquila, llena de paz, pero llena también de silencio, y que le parecía muerta; entre aquellas paredes altas y lisas, en medio de aquellas Hermanas, á quienes juzgaba severas y temibles hasta en la dulzura, la pequeña se replegó nerviosamente sobre sí misma El aire que allí se respiraba caía como aire frío sobre su corazón, y recogía en su interior todas sus ternuras, como para templarse con ellas. Pensaba en

los besos de su tía, que no eran los besos de las Hermanas, en cuyo fondo encontraba cierta compasión trivial que no le satisfacía. Por primera vez en toda su existencia encontraba sequedad en una caricia.

Sin embargo, poco á poco la primera pena de la niña se apaciguaba. La costumbre y el fastidio desarmaban sus sentimientos, mecidos por el curso siempre igual de las horas, la disciplina y la regla inmutable de las ocupaciones, la semejanza del día siguiente con la víspera, en aquella vida sin accidente y que seguía desde por la mañana hasta la noche, siempre lo mismo, siempre así: levantarse á las cinco; la limpieza de la casa, en que todas las chicas tomaban parte, las unas barriendo, otras haciendo las camas, las de más allá arrastrando tres ó cuatro alfombrillas de delante de los lechos al patio, y sacudiéndolas, echándose el polvo á las narices; la sopa á las nueve; la clase hasta el medio día; la lectura, la escritura, la Historia sagrada, las cuatro reglas de la aritmética; la comida al media día, con la sopa y el eterno cocido, que las niñas apellidaban de *pescuezo*; á la una la campana que las llamaba del recreo á trabajos de aguja, de los cuales vivía la casa; el obrador, en que las más pequeñas hacían dobladillos á los paños de quitar el polvo, donde las más hábiles entre las pequeñas aprendían á hacer ojales; á las tres, el pedazo de pan, seguido de un corto recreo; desde esa hora hasta las siete, vuelta á la aguja y á los trapos; después, la cena de hierbas cocidas, el recreo tras de la cena, y á las nueve á acostarse.

No se la vió llorar más; no pensó ya en escaparse; hubiérase dicho que el cambio que produce una enfermedad se había operado en ella. Ella, que había sido tan viva, de genio tan expansivo y turbulento, no tuvo ya nada del ruido y de los estrépitos de su carácter. En los recreos, las Hermanas se veían obligadas á hacerla jugar casi á la fuerza. Se hizo singularmente pacífica, hasta algo tarda; su voz. antes clara y timbrada, adquirió acento gangoso. Presentaba las actitudes, las posturas, el aspecto sumiso, triste, comprimido, de los pobres hijos del pueblo que parece tienen siempre el invierno encima. No estaban descontentas de ella en el convento; trabajaba sin celo, pero también sin aturdimiento. Las Hermanas solo encontraban digno de censura un poco de pereza.

Pero el aire del convento, aquella existencia pasiva, habían extinguido únicamente en el exterior de la niña los ardores de su naturaleza. El pensamiento se agitaba más vivo en su cuerpo, menos activo. Se sentía febril

toda la semana que precedía al primer domingo del mes, día de visita de los parientes, en que su tía venía á verla. Cuando ese día la pequeña era llamada al locutorio, llegaba allí tan trémula de emoción, tan pálida, que su tía dos ó tres veces había temido que se desmayara. Y luego, todo lo que había pensado decirle desde el último domingo, se apresuraba en su palabra, baja y entrecortada. Empezaba frases, ideas, y de repente, no sabiendo cómo decirlo, se detenía, mirando á su tía. Y entonces, acercándose á la vieja, que reía y tenía ganas de llorar, sentada casi en su silla, echándole los brazos al cuello, la obligaba, acariciándola, á poner su cabeza contra la suya; y así, levantando á cada una de sus peticiones sus ojos hasta los de su tía, venían las preguntas sobre el portero de la casa, la lechera de la calle, y sobre la señora de Viry, y sobre el señorito Enrique, y si pensaban siempre en ella en casa de la señora de Viry, y si aún hablaban de ella, y si el señorito Enrique la había olvidado, y cuándo era el día de su santo para escribirle. A la una en punto era preciso separarse; pero volvía á abrir la puerta á medias, y asomando la cabeza, tiraba, con una sonrisa de despedida traviesa y triste, un último beso á su tía.

Cuando por casualidad la tía faltaba á la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

visita de medio día, y la pequeña había recibido, desde las doce á la una, continua sacudida dolorosa, como golpes en el corazón, á cada llamada de una de sus compañeras al locutorio, no hacía más que estremecerse, durándole luego toda la tarde esta agitación. En el banco en que estaba sentada con sus compañeras en la larga hilera de gorritas blancas de fondo transparente, oscurecido por los cabellos de las niñas, en la fila de cabezas inmóviles, su cabecita se movía sin cesar y volvía á cada instante hacia atrás la mitad de su cara, la mitad de su frente, la mitad de su peinado, toda su mirada. Por fin, encontraba con la vista, en la iglesia, en medio de todas las cofias, la cofia de adornos azules de su tía. A la salida, la buena mujer la esperaba, y desde la puerta de la iglesia la llevaba hasta la puerta del convento; la niña quería que fuesen con ella en las filas, y le daba el brazo en la calle.

La Iglesia gusta de rodear la infancia con rostros jóvenes y lindos. Sabe cuán sensibles son al exterior de las personas que los rodean, esos pequeños seres en los que los sentidos despiertan el alma. Procura hablar á sus ojos, agradarlos por el encanto de las mujeres que los cuidan, los educan, los instruyen. Busca entre las Hermanas aquellas que tienen una

fisonomía más atractiva, más afectuosa, para colocarlas al lado de las niñas. Parece como si quisiera, con la sonrisa de esas caras de Hermanas jóvenes, devolver á las huérfanas la imagen de la sonrisa de una madre.

De las diez Hermanas que educaban á las huerfanitas, casi todas eran jóvenes, casi todas eran lindas. Aun aquellas que no tenían las facciones regulares, tenían una expresión de dulzura en la mirada y de bondad en la boca, que las hacía simpáticas y llenas de gracia. Una sola entre ellas era completamente desgraciada. Casi jorobada (tanto era lo que le subía un hombro más que el otro), hablaba con acento gascón, del más ridículo efecto en sus labios; fisonomía de máscara, además, no podía vérsela sin pensar involuntariamente en Polichinela. Las niñas la llamaban *sor Carabosse*, ó Corcovada. Tenía gestos masculinos, y la costumbre de cruzar las piernas; se pegaba en las caderas cuando hablaba, y algunas veces se ponía las manos detrás. Sus maneras eran bruscas y rudas, y casi causaba miedo al verla con sus cejas negras y de un dedo de espesas. A despecho de las apariencias, la hermanaa Margarita era la mejor de las criaturas. La pobre pensión que le pasaba su familia, de segunda nobleza del Perigord, se iba entera en regalar á las niñas pasteles en el paseo. Viendo en medio de las compañeras de su edad á aquella chiquilla oscura y aislada, sin celo ni aun para jugar, la buena Hermana comprendió que ya había en ella una herida, algo ya que consolar en el fondo, que las otras Hermanas, rechazadas en sus primeras excitaciones, abandonaron á su aislamiento. Ella se unió instintivamente á Filomena, ocupándose de la niña en los recreos; le compró una cuerda para saltar, hizo que le disminuyeran su parte de costura en el obrador, demasiado fuerte para ella. Filomena se convirtió en su protegida, su pensionista adoptiva. Un día que salían de de la merienda, repentinamente y sin motivo, Filomena se echó en sus brazos y se puso á llorar, no encontrando otro modo de manifestarle su gratitud. La Hermana no sabía qué decirle, porque también ella empezaba á llorar, sin saber á punto fijo tampoco por qué, cuando la niña dió una súbita carcajada, que aclaró sus húmedos ojos; acababa de ver, al levantar la cabeza, la extraña figura que hacía Carabosse con las lágrimas en las mejillas.

Desde entonces Filomena se pareció á todas las demás chiquillas que estaban con ella. Un airecillo serio, pero abierto y sin enfado, le quedó únicamente en el semblante. Cobró

gusto por todo cuanto era de su edad; recobró los ardores, los apetitos, las pasioncillas, la alegre salud de aquella primera juventud, que es una segunda infancia; le volvió el afán de jugar; le excitó la emulación; puso interés en su trabajo, y pensaba á menudo en aquel corazón grande de plata de la Virgen, colgado de la pared del oratorio, donde se sujetaban con un alfiler los nombres de aquellas de sus compañeras que habían sido mejores durante la semana, y envidiaba las pequeñas distinciones con que se recompensaba la formalidad de las chiquillas en el obrador: la cinta verde y la medalla de plata del niño Jesús, la cinta encarnada de San Luis Gonzaga, la cinta blanca de los Santos Angeles,

Ahora, cada semana tenía para ella su distracción; el paseo del jueves, placer grande que en los primeros tiempos le había parecido tan aburrido.

Casi siempre era á lo largo del canal de San Martín donde las hermanas llevaban á las niñas. Iban éstas de dos en dos, dejando detras de sí como el runrún de una colmena, mirando al paso un chiquillo que paseaba, un perro corriendo tras de un barco, un carretón que rodaba sobre las flexibles matas; felices con ver aquello, con respirar, con oir París y su ruido.

En la Asunción, en la fiesta de los días de la

Madre superiora, y dos ó tres veces más en el año, iban al campo; generalmente á Saint-Cloud. Atravesaban todo el parque; después, pasando el puente de Sèvres, andaban por la orilla del agua, por debajo de los árboles, hasta una cantina de Suresnes. Allí se sentaban, empujándose, en las mesas de madera manchadas de vino, debajo de los emparrados, y se merendaban un queso grande, que pagaba la hermana Margarita.

Aquellos días de alegría, de libertad, de aire libre, de juegos sobre la hierba crecida, de coger flores al pie de los sauces, dejaban su recuerdo impreso en Filomena, más que en ninguna otra. Despertábase en los siguientes días completamente penetrada de aquellos, impregnada, y cuando la imágen del camino, del rio, se había desvanecido en ella, guardaba todavía del paisaje que ya no veía, el sol, el perfume, el eco; el olor de los árboles, el murmullo del agua se le representaban suavemente, y como viniendo de lejos.

Un día, con especialidad, se le quedó presente. En cierta ocasión, al volver del campo, entraron, ya cerca de París, en un jardín de hortelano. Era en Mayo. El luminoso cielo tenía una claridad infinita, pero igual y sin brillo: diríase un cielo blanco sobre el cual temblase la gasa de un velo azul. El aire de la

tarde se parecía al aliento puro de la mañana. Por instantes se levantaba tenue brisa que hacía oscilar los árboles, y pasaba al lado de los oídos de las chiquillas con el ruido y el estremecimienco de una caricia. En aquel día sereno, bajo aquel cielo y aquel soplo, los perales, los albérchigos, los cerezos, los albaricoques abrían sus flores enteramente blancas, como nidos de plata colocados sobre las ramas. Debajo de los manzanos, sobre la oscura tierra, parecía como si se hubiese deshojado un ramo; y el sol, corriendo por entre los árboles, saltaba como un pájaro en aquella nieve de flores . Cuanto puede una visión dejar tras de sí de interior claridad, de suave y deliciosa radiación, aquella naturaleza adornada como para una fiesta original, aquel verjel tan tiernamente deslumbrante, entrevisto en un esplendor primaveral y cándido, todo eso quedó grabado en el alma de Filomena.

A medida que se desenvolvía en la niña esa persistencia singular de las sensaciones, y esa facultad inconsciente de guardar el reflejo de as cosas, se hacía más impresionable y manifestaba una sensibilidad más exquisita. Se entristecía, se enfadaba casi de las atenciones cariñosas que las Hermanas guardaban á las otras chiquillas. Una palabra que no la decían, una pregunta que no le habían hecho, le oprimía el corazón como un olvido ó una indiferencia, Tenía necesidad tan grande de cuidados, de interés, de afecciones, que la benevolencia que se derramaba sobre las demás le parecía robada á ella: y sucedía que esos temores, de que se avergonzaba, esos sufrimientos que ocultaba, se convertían en celosas exigencias. Un día, todo el convento fué á pasar la tarde en la casa de campo de la señora de Mareuil, cerca de Lagny.

La señora de Mareuil era la bienhechora del convento, y todos los años daba una merienda á las niñas asiladas. Pasada la tarde, cuando los coches se llevaron á todo aquel grupo de niñas que había bebido dos dedos de Champagne, todas, sin decírselo, recordababan muy alto, como un sueño, tantas cosas bonitas: los fosos, donde aún corría el agua; la gran verja con dorados; la avenida, en que la hiedra unía los árboles en forma de guirnalda; y los muebles de seda, y la gran galería cuyos retratos de familia las miraban mientras comían; y el parque, cuyo fin no se veía, y las estatuas todas de mármol, y aquellas flores en la estufa, cuyos nombres ignoraban, y que parecían de cera... En medio del ruido, de las admiraciones, de las exclamaciones, sólo Filomena permanecía fría y no decía nada.

—Bueno, boca-cosida, le dijo sor Margarita:

¿es eso todo lo que dices? quizás no será bastante bonito para tí. ¿Qué significa eso de hacerse la fea? Vamos, vamos, ya lo sé: tú querrías haber estado entre los grandes.... y que la señora te hablase. Ya sé cómo eres..eres..

Y la Hermana, conteniendo bruscamente la frase, suspiró compasiva, mirando á la pequeña. Por la noche, como Filomena todavía no dormía, sintió que la mano de sor Margarita le subía la sábana para taparle sus manos calientes y sus hombros descubiertos.

Todos los cuidados, todas las atenciones de la buena Hermana no apartaban el corazón de la niña de la calle de la Chaussée d'Antín, Sus pensamientos continuaban persiguiendo sus recuerdos: se iban hácia su tía, hácia la señora de Viry, hácia el señorito Enrique. Los primeros domingos de mes eran, como en el pasado, los grandes días de su vida. Si bajaba al locutorio ménos trémula, llegaba allí con las mismas ternuras para su tía. Cuando Filomena tuviera más años, volvería á casa de la señora de Viry: tal era lo promesa que siempre pedía al final á la vieja, en un *¿no es verdad?* lleno de ansiedad, y que le salía del alma.

Además de esos domingos, había tres semanas en el año que producían en Filomena las turbaciones de una gra l n; los

días anteriores al primero de año, los ocho días anteriores al de la señora de Viry los ocho días anteriores al de su tía. Vivía doble durante todo ese tiempo, pensando en el cumplido que ella hubiera querido hacer tan hermoso. Con anticipación había comprado á una compañera, á la que llevaban papel y sobres, de unos y otros, con orlas de guirnaldas de rosas estampadas. ¡Cómo ensayaba, llena de zozobra y toda intimidada, ir alineando frases bien hechas y parecidas á las que ella había leído en los libros! ¡Qué cuidado ponía en escribir bien, en cerrar bien sus *a a*, en no echar borrones! ¡Cuántas combinaciones para que la carta, una vez escrita, firmada, cerrada con oblea transparante, llegara precisamente la víspera de la noche de la fiesta!

Filomena tenía diez años, cuando entró en el convento una chiquilla dos años mayor que ella. Las dos niñas, al verse por primera vez, se fueron la una hácia la otra con el ímpetu y el instinto familiares en niños que vuelven á encontrarse. Aquella grande amistad de primera impresión, quedó sellada en el recreo del día siguiente, con un regalo que la recién llegada, Celina, hizo á Filomena.

Por mucho tiempo pareció aquel regalo á Filomena la cosa más bonita del mundo. Consistía, en primer término, en un sobre estam

pado y picado, imitando tul, y en un raso dibujado, sobre el cual había escrito en oro, en medio de adornos dorados: *Recuerdo;* del sobre se sacaba un ramo de lilas, pintado y cortado, que se abría en forma de abanico de siete varillas, y en cada doblez medalloncitos grabados, que representaban al niño Jesús sobre la paja del pesebre, rodeado de niños arrodillados. Filomena había apretado y ocultado la bonita imágen en su reclinatorio; incesantemente, los primeros días, iba y venía, la tocaba, la desplegaba, volviendo á ver las imágenes, volviendo á leer la plegaria escrita alrededor del medallón: *¡Oh Jesús, divino Salvador, tomad mi corazón!*

Formóse intimidad entre las dos pequeñas, y no se separaron ya en las horas en que podían estar reunidas; partían cuanto les llevaban de fuera, su azúcar, su manteca. Pusieron en comunidad sus pensamientos, sus tristezas, sus alegrías. En los recreos se las veía siempre juntas, á veces el brazo de la una enlazado del cuello ó deslizado con la distracción de la charla, en la cintura de la otra, y se paseaban de acá para allá en el patio, unidas por algunos ademanes de gracia infantil, confidencialmente inclinadas una sobre otra. Filomena con sus grandes ojos y sus grandes pestañas, su mirada sostenida, su boca carnosa y

entreabierta, sus mejillas encarnadas y un tanto bronceadas, en que se dibujaban en bucles oscuros los lisos mechones de sus cabellos, que se escapaban de su gorrita; Celina, con su frente saliente y abombada, sus cabellos naturalmente rizados, sus ojitos grises, claros y profundos, sus narices abiertas, sus delgados labios, su barba hundida, su carita larga. A menudo, al cabo de unas cuantas vueltas, se sentaban en el banco de piedra cerca de la fuente. Aun en el invierno permanecían allí cuartos de hora, y apoyando la punta de sus zapatones anchos sobre la tierra, empaquetadas en su vestido de indiana de endebles pliegues, debajo de los que adivinaba la vista un grueso chaleco de tricot, se quedaban sufriendo el frio, sintiendo en aquella molestia una especie de placer perezoso, sin moverse, sin hablar, los ojos en el vacío, Filomena mirando un pájaro, Celina mirando una nube.

Hasta su entrada en el convento, Celina había sido la guarda y criadita de una abuela enferma. Su infancia se había sucedido y como encantado en la *Vida de los Santos.* La vieja le leía todas las noches algunas páginas, abriendo con sus dedos gotosos el viejo libraco por la señal de la víspera. Después vino la edad en que, á su vez, Celina cogía el librote en sus rodillas y lo leía á la abuela. Aprendió

á leer en aquel libro; su imaginación había desmenuzado sus letras, y su vida empezaba en aquel primer alfabeto como una primera iniciación.

Todas aquellas sagradas maravillas, aventuras, desprendimientos, heroísmos, gloriosas agonías, muertes divinas, cielos entreabiertos, lluvias de palmas, le habían producido la admiración de una fantasmagoría de milagros. Las narraciones de la *Leyenda dorada* llenaban su cabeza y parecían hinchar su frente, semejante á la frente de una virgencita de Memling, y casi deformada por la hinchazón de lo maravilloso. Un mundo de encantamientos se alzó para ella de sus páginas, tan delicioso como aquél en que los cuentos de las nodrizas hacen jugar juntamente el primer sueño y el primer pensamiento de los niños. Encontró en aquellas historias de Santos, de mártires todas llenas de apariciones, de monstruos, de metamorfosis, los encantos, las obsesiones, las emociones, los dulces espantos de fantasmagoría y de realidad ideal, que los cuentos de hadas llevan á las almas de la edad de Celina. Como nada turbó, al lado de la vieja, la ilusión de la niña; como no encontró á su alrededor ni una duda, ni una sonrisa que la inquietara en el cándido ardor de sus impresiones en la primera infancia de su fé, para ella el camino sembrado de migajas de pan del pequeño Poucet, era el camino del desierto, plantado de cañas de media en media legua por San Macario; el pájaro que habla, en los cuentos indios, el saltamontes que avisaba á San Gregorio para que se levantase; el agua que murra, era el pedazo de hielo pidiendo á San Teo, baldo misas para el alma que encerraba. No se alzaba ante ella palacio de puertas de brillantes construidos por la mágica varita de virtudes, donde duerme hace seis años nueva princesa en encantado bosque; sino que soñaba en esas escalas de oro apoyadas en la tierra, en esos caminos cubiertos de magníficas alfombras y lámparas rutilantes, que llevan un alma de santo desde su celda á la gloria celeste. Sus mismos miedos cuando estaba en la cama sin luz, no eran los miedos ordinarios de los niños; no creía ver el ogro Croquemitaine, ni tampoco á ladrones; lo que la oscuridad le dibujaba como con un carbón ardiendo, lo que el insomnio le apróximaba, era el diablo, tal como lo había visto en leyendas, cuando tienta á un Santo.

De día, los paises de los Santos y de las Santas se desarrollaban ante ella en perspectivas radiantes y confusas. Repetíase palabras que hacían en su oido el ruido de conchas que vinieran de un mar de Oriente, y el nombre de